

## "El Cielo"

¡Cielo! Tan solo la palabra nos hace sentir gozo, paz y amor. Dios nos da respuestas reales en Su Palabra, la Biblia. No nos engaña con promesas vacías ni nos da falsas esperanzas. Dios nos dice lo que más necesitamos saber para vivir la mejor vida en la tierra y recibir una herencia en el cielo. La vida que tenemos en Cristo aquí en la tierra es verdaderamente una vida abundante, y nada puede ser más dulce que pasar una eternidad en el cielo con Dios, nuestro Padre. Nuestro propósito es ayudar a las personas a encontrar la verdad para ser salvadas y llegar al cielo.

La Biblia dice: "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero." (1 Pedro 1:3-5). Hemos nacido de nuevo en esta vida para una esperanza viva. Nuestra esperanza es nuestra herencia en el cielo, una herencia que nunca perecerá, nunca se contaminará y nunca se desvanecerá.

Nuestra herencia en el cielo está reservada especialmente para nosotros por el poder de Dios. Dios nos revelará esa herencia en el día final cuando el Señor Jesús regrese para llevarnos a casa con Él. El cielo es eterno, bendito, puro y lleno de gozo y amor. Dios nos recibirá en ese hogar que Él ha preparado para nosotros de la manera más generosa y maravillosa. ¡Cielo! ¡Qué esperanza tan gloriosa!

Nuestra lectura de hoy proviene del libro de Hebreos 11:13-16:

"Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad."

¡Qué gran promesa tenemos en Cristo Jesús! Jesús está esperando ansiosamente el día en que nos lleve a casa. Dios anhela que Sus hijos regresen a casa para vivir con Él para siempre. Glorioso y maravilloso son palabras que describen el día en que los hijos de Dios regresen al cielo. Poco antes de Su muerte, el Señor Jesús dijo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:1-3).

Jesús está preparando ahora mismo tu lugar. Es más grande y majestuoso que cualquier cosa que hayas conocido en esta vida. La Biblia dice: "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús." (Efesios 2:4-7).

Realmente no podemos imaginar cuán grandioso, cuán glorioso, cuán majestuoso y maravilloso será nuestro hogar en el cielo. Los apóstoles se emocionaron con los milagros; pero Jesús les dijo: "He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos." (Lucas 10:19-20). Ninguna bendición, ningún evento puede compararse con el gozo que tendremos en el cielo.

El cielo es un lugar grandioso, pero el gozo del cielo no está en lo físico. ¡Está en Dios y Su pueblo! El cielo es donde van los redimidos. El cielo es precioso por quién está allí. Todo el pueblo de Dios estará en el cielo: todos los justos, todos aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero.

Quiero ir al cielo solo para ver a Dios, mi Padre, quien me creó y me bendijo cada día de mi vida. Solo estar en Su presencia será una gran bendición. Conoceré al que gobierna el universo y escucha cada una de mis oraciones. Quiero ver a Jesucristo, mi Señor y Salvador. Quiero decirle cara a cara: “Gracias por llevar la cruz para expiar mis pecados. Gracias por derramar tu sangre para redimir mi alma.” Quiero ver al Espíritu Santo. Mi cuerpo ha sido templo del Espíritu Santo, y quiero saber más de Él. Quiero ver las miríadas de ángeles, a los querubines y serafines.

Quiero visitar a aquellos de quienes he estudiado en la Biblia: Enoc, Noé, Abraham, Moisés, David, Elías, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, Esteban, Pablo, Timoteo, Ester, Rut, María, María Magdalena, Dorcas, y muchos otros. Quiero ver a mis seres queridos cristianos, familiares, maestros y amigos. Quiero conocer a los inocentes que murieron como bebés y niños pequeños. El cielo estará lleno de gloria. La Biblia dice: “Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.” (Apocalipsis 21:24).

Nos sorprenderemos de quién está allí, porque la gracia de Dios es maravillosa. También nos sorprenderemos de quién no está, porque algunas personas tienen pecados secretos. Quienquiera que esté allí, quiero amarlos. La Biblia dice que las hojas del árbol de la vida son para la “sanidad” de las naciones (Apocalipsis 22:2). Todos necesitamos sanidad. Cualquier dolor, daño o amargura que hayamos conocido en esta vida será cosa del pasado en la vida venidera. Dios quitará todas las cosas que nos causan angustia o frustración.

La Biblia dice que Dios “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21:4-5). Dios nos está dando un verdadero paraíso, un lugar donde cada necesidad será satisfecha y cada tristeza borrada. Será un lugar dedicado al gozo absoluto y a la devoción a Dios. ¡Quiero un hogar así!

Desde que Jackie y yo nos casamos, hemos vivido en siete casas. Cada lugar fue especial y estuvo lleno de amor. Jackie y yo hablamos de “hogar,” y a veces nos referimos a un lugar y a veces a otro. Pero un día esperamos heredar un hogar permanente “con el Señor” en la casa de nuestro Padre. Esperamos vivir allí para siempre.

Pedro dijo que recibiremos una herencia “incorruptible, incontaminada e inmarcesible” (1 Pedro 1:4). Aquí en la tierra, las casas pueden quemarse o ser destruidas por un desastre, pero nuestro hogar en el cielo es indestructible. Debemos limpiar y reparar constantemente nuestras casas aquí, pero ese lugar de morada nunca tendrá defecto ni imperfección. Nunca estará sucio. Las cosas aquí en la tierra se desvanecen y marchitan, pero en el cielo siempre estarán nuevas.

El cielo será un lugar de refugio, un santuario. Apocalipsis 22:1-5 dice: “Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.”

Esta vida está llena de problemas, pero el cielo no tendrá ninguno. Aquí enfrentamos crimen, guerras, enfermedades, muerte, inmoralidad y mentiras. En el cielo estaremos libres de todo eso. Aquí podemos esperar dolor y sufrimiento. Somos personas imperfectas viviendo en un mundo imperfecto, pero el cielo es

diferente.

Las personas egoístas, crueles, deshonestas o inmorales no nos causarán problemas en el cielo. Apocalipsis 21:8 dice: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” Estaremos libres del crimen, del pecado y de la tentación.

Apocalipsis 21:2-4 dice: “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” En el cielo no necesitaremos hospitales ni funerarias. No necesitaremos policías ni bomberos. No tendremos que preocuparnos por tornados o terremotos.

En el cielo adoraremos, cantando y alabando a Dios eternamente. Poder cantar junto a multitudes de ángeles sobre la grandeza de nuestro Dios será un gran gozo. El cielo será un lugar de servicio. Apocalipsis 22:3 dice: “Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.” No sé qué tareas nos encomendará el Señor en el cielo, pero le serviremos como sacerdotes en el templo, realizando múltiples tareas que glorifiquen a Dios. Esta palabra “servir” está asociada con la adoración, pero también refleja la devoción diaria de obediencia y amor que mostramos a Dios.

Aunque serviremos a Dios, también encontraremos que el cielo es un lugar de descanso. Servir a Dios no nos cansará en el cielo; nos bendecirá. Apocalipsis 14:13 dice: “Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.”

La esperanza del cielo debería animarnos. No importa lo que estemos pasando en esta vida, el cielo valdrá la pena. Pablo dijo: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” (Romanos 8:18). Los dolores que enfrentamos aquí nos hacen anhelar el cielo, donde no habrá más dolores.

Como cristianos, somos extranjeros aquí en la tierra. Pedro dijo: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma.” (1 Pedro 2:11). Cantamos el viejo himno: “Este mundo no es mi hogar, sólo estoy de paso. Mis tesoros están en algún lugar más allá del azul. Los ángeles me llaman desde la puerta del cielo, y ya no me siento en casa en este mundo.” Oh, este mundo no es nuestro hogar; y nuestros corazones anhelan lo que Dios ha preparado para nosotros.

Dios llamó a Abraham a dejar su hogar, y por fe Abraham obedeció. “Salió sin saber a dónde iba.” Hebreos 11:10 dice que Abraham “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.” No encontrarás una ciudad como esa aquí en la tierra. Hebreos 13:14 dice: “Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.” Esa ciudad está en el cielo.

El apóstol Pedro dijo: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13). Algunos piensan que estos cielos nuevos y tierra nueva se refieren a esta tierra después de ser purificada con fuego. Dicen que los justos vivirán eternamente en una tierra reconstituida. Pero la Biblia enseña que “en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán” (2 Pedro 3:12). Esta palabra “elementos” se refiere a los componentes básicos que forman este mundo: tierra, aire, fuego y agua. Este mundo, tal como lo conocemos, será completamente destruido. No existirá más.

Apocalipsis 21:1 dice: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.” Hablando del cielo, Pablo dijo: “Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Corintios 15:50).

El Señor comenzó a preparar un lugar para nosotros, para ti y para mí, en la casa del Padre cuando ascendió al cielo, según Juan 14:2. El cielo no es esta tierra. Dios tiene algo mejor reservado para nosotros.

El cielo será mejor que cualquier cosa en la tierra. Apocalipsis 21:23 dice: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.” La tierra necesita sol y luna, pero los cielos nuevos y la tierra nueva tienen a Dios mismo. Será un lugar nuevo y diferente para vivir, tanto física como espiritualmente. No quiero vivir ni una hora sin la esperanza del cielo ni la promesa de Dios. Mi amigo, ¿estás espiritualmente bien con Dios? Te pregunto: ¿Será el cielo tu hogar? Espero que ese sea el caso para ti. Espero que pongas todo tu corazón en servir a Dios, quien te dará ese hogar.

Si pierdo un partido, no he perdido mucho. Si pierdo una cita importante, me decepciona y puedo sufrir una pérdida; pero sabes que la vida continuará. Sin embargo, si pierdo el cielo, lo habré perdido todo. Nada más importa.

El cielo es un lugar preparado para un pueblo preparado. Desafortunadamente, no todos tienen un corazón para Dios o quieren estar con Él. Sus corazones están en otro lugar y no anhelan el cielo, el cielo descrito en la Biblia. Porque no se han preparado para el cielo, no lo disfrutarán. Para disfrutar el cielo, la Biblia presupone que las personas desean estar cerca de Dios y amarlo. El Señor dijo: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8).

Ser puro de corazón significa que Dios y Su voluntad son lo más importante en nuestros pensamientos y en nuestro comportamiento. Muchas personas dicen que quieren ir al cielo, pero no todos están dispuestos a cambiar sus corazones y sus vidas para prepararse para el cielo. Si amas el pecado más que a Dios, probablemente te sentirás fuera de lugar en el cielo. Si no conoces a Dios o no disfrutas de la adoración aquí en la tierra, probablemente tu corazón no está listo para el cielo. No pierdas el cielo. No pierdas tu oportunidad de vivir con Dios para siempre.

Conviértete en cristiano poniendo tu confianza en el Señor con todo tu corazón. Cree y confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Arrepíentete de tus pecados y vuelve tu corazón y tu vida hacia el Señor. Vive cada día para Él. Sé bautizado, es decir, sumergido en agua, y hazlo en el nombre de Jesucristo para que tus pecados sean lavados. Involúcrate en la iglesia y mantente fiel al Señor. ¿Estás listo para el cielo? ¿Estás bien con Dios?